

Introducción

Pana, yo no culpo a nadie aparte de a mí mismo por la situación en la que estoy.

Primo

Me metí en el *crack* en contra de mi voluntad. Cuando llegué a East Harlem, El Barrio,¹ en la primavera de 1985, buscaba un departamento económico en Nueva York donde pudiera escribir un libro sobre la experiencia de la pobreza y la marginación étnica en el corazón de una de las ciudades más caras del mundo. Desde una perspectiva teórica, me interesaba examinar la economía política de la cultura callejera en la *inner city*.^{*} Desde una perspectiva personal y política, deseaba investigar el talón de Aquiles de la nación industrializada más rica del mundo, y documentar la manera en que les impone la segregación étnica y la marginación económica a tantos de sus ciudadanos afroamericanos y latinos.

Pensaba que el mundo de las drogas sería solamente uno de los muchos temas que exploraría. Mi intención original era indagar la totalidad de la economía subterránea (no sujeta a impuestos), desde la reparación de autos y el cuidado de niños hasta las apuestas ilegales y el tráfico de drogas. Antes de conocer el vecindario, nunca había escuchado hablar del *crack*, ya que este compuesto quebradizo hecho de cocaína y bicarbonato de sodio, procesados para formar gránulos eficazmente fumables, aún no se había convertido en un producto de venta masiva.² Al concluir mi primer año, sin embargo, la mayoría de mis amigos, vecinos y conocidos habían sido absorbidos por el ciclón multimillonario del *crack*: lo vendían, lo fumaban, se desesperaban por él.

^{*} La expresión *inner city* surgió en los años ochenta en los Estados Unidos como un eufemismo de la palabra "gueto", que sigue utilizándose en la lengua coloquial para referirse a los enclaves urbanos altamente segregados como el Bronx y Harlem. No hay palabra en español que condense los significados culturales, sociales y políticos que ha llegado a poseer esta expresión. Otros traductores de los artículos de Philippe Bourgois han utilizado frases más extensas como "los distritos pobres de la ciudad central", "las zonas urbano-marginales" y "las zonas deprimidas de la ciudad". Aquí hemos decidido conservar la expresión en inglés, siguiendo el criterio de la traducción francesa de este libro (París, Seuil, 2001, traducción de Lou Aubert). Véase también la traducción al italiano que hizo Alessandro De Giorgi (Roma, Derive Approdi, 2005). [N. del T.]

Siguiéndoles el rastro, observé cómo la tasa de homicidios ascendía vertiginosamente en los *tenements** frente a mi edificio hasta convertirse en una de las más elevadas de Manhattan.³ Las ampollas vacías de *crack* crujían bajo los pies de los peatones, tanto en la vereda frente al edificio incendiado y abandonado de la esquina de mi cuadra como en los terrenos baldíos repletos de basura que rodeaban mi edificio. Casi diez años después, cuando la primera edición de este libro iba a la imprenta, los llamados “expertos en drogas” seguían discutiendo la posibilidad de que el país padeciera un serio problema con las drogas mientras esta misma vereda continuaba llenándose de todo tipo de restos derivados de su uso. La única diferencia a mediados de los años noventa era que en las cunetas había jeringas hipodérmicas junto a las ampollas de *crack*. La heroína se había vuelto a sumar al *crack* y a la cocaína como una de las drogas predilectas de los residentes de la *inner city*. Tras bajar el precio y mejorar la calidad de su producto, los proveedores internacionales de heroína recuperaron la participación que habían perdido en el mercado de sustancias psicoactivas.⁴

LA ECONOMÍA SUBTERRÁNEA

Este libro no habla exclusivamente sobre el *crack*. El consumo de drogas en las zonas urbanas es solamente un síntoma —y a la vez un símbolo vivo— de una dinámica profunda de alienación y marginación social. Desde luego, en un plano personal inmediatamente perceptible, la narcodependencia es uno de los hechos más brutales entre los que configuran la vida en las calles. Sin embargo, a la veintena de traficantes con quienes entablé amistad, al igual que a sus familias, no les interesaba mucho hablar acerca de las drogas. Más bien, querían que yo supiera y aprendiera sobre la lucha diaria que libraban por la dignidad y para mantenerse por sobre la línea de pobreza.

De acuerdo con las estadísticas oficiales, mis vecinos de El Barrio debieron haber sido pordioseros hambrientos y harapientos. Dado el costo de la vida en Manhattan, para la mayoría de ellos debió de haber sido imposible pagar el alquiler y hacer las compras mínimas de alimentos y, además, lograr cubrir el costo de la electricidad y el gas. Según el censo de 1990, el 39,8 por ciento de los residentes de East Harlem en ese año vivían bajo la línea federal de pobreza (en comparación con el 16,3 por ciento de todos los residentes de Nueva York) y un 62,1 por ciento percibía menos del doble del ingreso oficial

* Edificios angostos construidos en Nueva York durante el siglo XIX y principios del XX para el alquiler de departamentos económicos. [N. del T.]

que demarca ese nivel. Las manzanas a mi alrededor eran aún más pobres: la mitad de los residentes vivía bajo la línea de pobreza.⁵ Si se toma en cuenta el precio de los bienes y servicios básicos en Nueva York, esto quiere decir que, de acuerdo con las medidas económicas oficiales, más de la mitad de la población de El Barrio no tenía lo necesario para subsistir.

No obstante, la gente no está muriéndose de hambre a gran escala. Muchos niños y ancianos carecen de dietas adecuadas y padecen frío en el invierno, pero la mayor parte de la población viste adecuadamente y goza de buena salud. Rehuyendo tanto el censo como los impuestos, la inmensa economía subterránea permite que cientos de miles de neoyorquinos vecinos de barrios como East Harlem logren subsistir, aunque sea con el mínimo de las facilidades que los estadounidenses perciben como sus necesidades básicas. Mi principal propósito era estudiar los métodos alternativos de generación de ingresos, las estrategias en las que los jóvenes de mi vecindario parecían invertir mucho de su tiempo y energía.

A lo largo de las décadas de 1980 y 1990, poco más de una de cada tres familias en El Barrio recibía asistencia pública.⁶ Los responsables de estos hogares pobres se veían obligados a buscar ingresos suplementarios para mantener vivos a sus hijos. Muchas eran madres que optaban por cuidar a los hijos de algún vecino o por limpiar la casa de algún inquilino. Otras trabajaban por las noches como cantineras en las casas de baile o en los clubes sociales dispersos por el vecindario. Algunas trabajaban en sus casas como costureras sin registrar para contratistas de las compañías textiles. Muchas otras, sin embargo, se veían obligadas a entablar relaciones amorosas con hombres capaces de ayudar a sufragar los gastos del hogar.

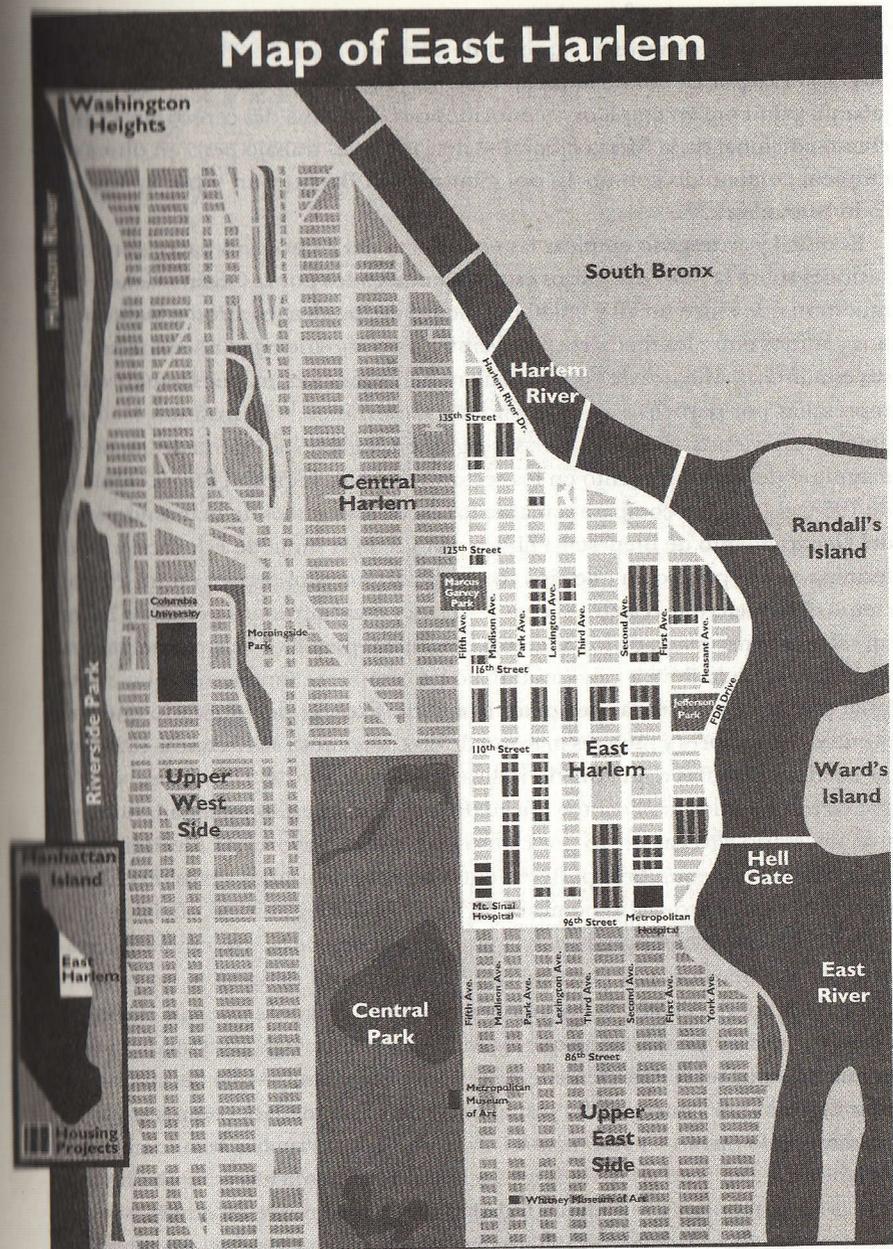
Las estrategias masculinas en la economía informal eran mucho más visibles. Algunos reparaban automóviles en las calles; otros esperaban en la entrada de los edificios a cualquier subcontratista que deseara emplearlos en tareas nocturnas informales, como la reparación de ventanas y la demolición de edificios. Muchos vendían “bolita”, la versión callejera de las apuestas hípcas. El grupo más conspicuo, el que vendía pequeñas cantidades de una u otra droga ilegal, formaba parte del sector multimillonario más robusto de la pujante economía clandestina. La cocaína y el *crack*, sobre todo a mediados de los años ochenta y principios de los noventa, seguidos por la heroína y la marihuana desde mediados de los años noventa hasta finales de la década de 2000, representaban si no la única fuente de empleo igualitario para la población masculina de Harlem, al menos la de mayor crecimiento. La venta de drogas continúa superando holgadamente cualquier otra fuente de generación de ingresos, tanto legal como ilegal.⁷

La calle frente a mi edificio no era atípica, y dentro de un radio de dos cuadras era posible comprar *crack*, heroína, cocaína en polvo, valium, polvo de án-

gel,⁸ metadona, marihuana, mescalina, jeringas, alcohol de contrabando y tabaco. A cien metros de mi edificio, tres casas de *crack* vendían ampollas de droga a 2, 3 y 5 dólares. Unas calles más abajo, en una de las varias “fabriquillas de pastillas” [*pill mill*] del vecindario, un médico distribuyó 3,9 millones de dólares en recetas de Medicaid* en un solo año y obtuvo casi un millón de dólares por sus servicios. El 94 por ciento de sus “medicinas” estaba en la lista de los “fármacos recetados de los que se abusaba con mayor frecuencia” del Departamento de Servicios Sociales. Los beneficiarios de estas prescripciones revendieron la mayor parte de las píldoras que recibieron, ya sea al por menor en las esquinas o al por mayor a precio de descuento en las farmacias. En la cuadra donde yo vivía, arriba de la casa de *crack* donde llegaría a pasar gran parte de mi tiempo por las noches, otra clínica insalubre repartía sedantes y estupefacientes a una multitud de adictos demacrados. Los heroínómanos, sedientos y apiñados, esperaban la llegada de la enfermera encargada de levantar los portones no señalizados de la clínica, y absortos la veían fijar, sobre la ventana forrada de linóleo, un cartel de cartón escrito a mano que anunciaba: “LLEGÓ EL DOCTOR”. Nunca pude investigar el volumen de negocios de esta clínica porque las autoridades nunca la allanaron. Sin embargo, en el caserío público frente a la mencionada “fabriquilla”, la policía del Instituto Neoyorquino de Vivienda arrestó a una madre de cincuenta y dos años y a sus hijas de veintidós y dieciséis en el momento en que empacaban diez kilos de cocaína adulterada en ampollas *jumbo* de un cuarto de gramo. Estas empresarias se habrían embolsado más de un millón de dólares de haber vendido toda su mercancía. Al allanar el departamento, la policía encontró \$25 000 en billetes de bajas denominaciones.

En otras palabras, hay millones de dólares al alcance de los jóvenes que crecen en los *tenements* y los complejos habitacionales de East Harlem. ¿Por qué esperar, entonces, que estos jóvenes estén dispuestos a tomar el tren todos los días para ir a trabajar a las oficinas del distrito financiero para ganar salarios mínimos, cuando pueden ganar mucho más dinero vendiendo drogas en la esquina o en el patio escolar? Siempre me sorprende que tantos hombres y mujeres de la *inner city* permanezcan aferrados a la economía legal, trabajando de nueve de la mañana a cinco de la tarde más algunas horas extra, para ganar apenas lo suficiente para cubrir sus gastos básicos. De acuerdo con el censo de 1990, el 48 por ciento de todos los varones y el 35 por ciento de todas las mujeres mayores de dieciséis años de East Harlem tenían empleos legales, en comparación con el 64 por ciento de los varones y el 49 por ciento de las mu-

* Seguro de salud del gobierno de los Estados Unidos destinado a personas con bajos ingresos. [N. del T.]



Fuentes: Housing Environments Research Group of New York; Kevin Keamey, New York City Housing Authority; New York City Department of City Planning.

jeros de toda la ciudad.⁹ Los datos de mi vecindario indicaban que el 53 por ciento de todos los varones mayores de dieciséis años (1923 de un total de 3647) y el 28 por ciento de todas las mujeres (1307 de un total de 4626) trabajaban legalmente en empleos reconocidos por la oficina del censo. Un 17 por ciento adicional de la fuerza laboral se declaraba sin trabajo pero en busca de empleo, comparado con un 16 por ciento en El Barrio y un 9 por ciento en todo Nueva York.¹⁰

Es difícil y arriesgado emplear las estadísticas del censo para hacer generalizaciones sobre la *inner city*. Varios estudios encargados por la Oficina Censal demuestran que entre un 20 y un 40 por ciento de los jóvenes afroamericanos y latinos entre los diecisiete y los veinticuatro años de edad no aparecen en sus estadísticas. Muchos de ellos se ocultan deliberadamente, pues temen sufrir represalias por participar en la economía subterránea.¹¹ El Instituto Neoyorquino de Vivienda (NYCHA, por sus siglas en inglés) ha intentado medir la magnitud del encubrimiento en los sectores de bajos ingresos. En un informe de 1988, el Instituto compara y analiza los crecientes gastos de mantenimiento del Departamento de Bienestar Público con los de la Junta de Educación y determina que la población que vive en sus departamentos supera en un 20 por ciento el número que registra el censo.¹² Estas y otras cifras nos permiten hacer un cálculo aproximado de los números específicos para East Harlem y el microvecindario donde llevé a cabo mi trabajo de campo. Si suponemos que existe igual proporción entre las personas de ambos sexos, el desequilibrio entre el número de hombres y mujeres mayores de dieciséis años (3647 contra 4626) en las cuadras aledañas a mi edificio indica que alrededor de 979 varones (el 21 por ciento) eludieron el conteo oficial. Para la ciudad en su totalidad, hubiese sido necesario agregar un 16 por ciento de varones mayores de dieciséis años para obtener un equilibrio perfecto entre adultos de ambos sexos. En El Barrio, el 24 por ciento de los hombres no figuró en las estadísticas oficiales.

Resulta aún más complicado determinar el volumen de la economía subterránea, por no mencionar el narcotráfico.¹³ El censo, por definición, no proporciona datos sobre el tema. Si presuponemos que en las zonas urbanas el conteo oficial excluye a menos familias que individuos, una estrategia para medir la economía informal sería tomar en cuenta el número de familias que declara no recibir ingresos por concepto de "jornal o salario". Esta medida comparativa, sin embargo, sólo puede ser rudimentaria, ya que algunas familias se autoemplean en labores legítimas o viven de la jubilación. Además, muchas personas involucradas en la economía sumergida trabajan simultáneamente en empleos legalmente registrados. Este método alternativo tampoco logra medir el narcotráfico, porque gran parte de las familias que complementan sus ingresos con actividades irregulares tienen empleos lícitos y se mantienen al margen de las drogas. No obstante, se debe suponer que un gran número de hogares que no declaran

Tabla 1
Indicadores sociales comparativos por vecindario según el censo de 1990

	Número de habitantes	% de puertorriqueños	% de afroamericanos	% de habitantes bajo el nivel de pobreza	% de hogares con asistencia pública	% de hogares sin jornal ni salario	% de mujeres > 16 años con empleo	% de hombres > 16 años con empleo	% de hombres > 16 años en relación con # de mujeres > 16
Microvecindario de la casa de crack	11 599	56	33	49	42	46	28	53	21
East Harlem	110 599	52	39	40	34	40	35	48	24
Nueva York	7 322 564	12	25	19	13	26	49	64	16

Fuentes: New York City Department of City Planning, Population Division 1992 [Agosto 26]; New York City Department of City Planning 1993 [Marzo]; New York City Department of City Planning 1993 [Diciembre]; 1990 Census of Population and Housing

Block Statistics.

salarios dependen de una combinación de ingresos clandestinos, entre los cuales la venta de drogas puede representar una fuente importante.

En todo caso, según las estadísticas oficiales, durante los años ochenta el 40 por ciento de los hogares de El Barrio no ganaba ingresos sujetos a impuestos, en comparación con el 26 por ciento de toda la ciudad de Nueva York. Los vecinos de las manzanas a mi alrededor estaban un poco más implicados en la economía clandestina, pues sólo el 46 por ciento de los 3995 hogares recibía sueldo o salario.

El número de hogares beneficiarios de la asistencia pública [*welfare*] representa otra medida útil para calcular el volumen de la economía informal. Es evidente que ninguna familia puede vivir únicamente de la asistencia federal, y que cualquier ingreso que declare se le descontará del cheque que recibe quincenalmente así como de su cuota mensual de cupones alimenticios. En las cuadras cercanas a mi edificio, el 42 por ciento de los hogares recibía ayuda federal, en contraste con el 34 por ciento de todos los hogares de East Harlem y el 13 por ciento de toda la ciudad de Nueva York.¹⁴

LA CULTURA DE LAS CALLES: RESISTENCIA Y AUTODESTRUCCIÓN

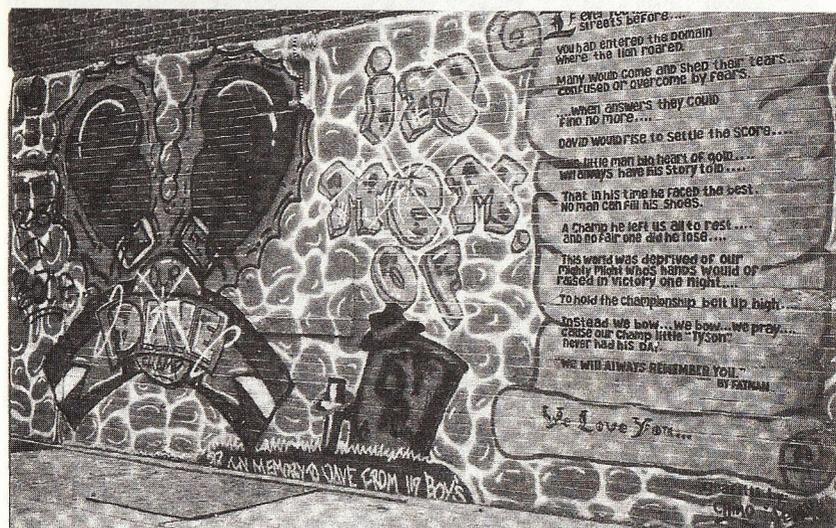
Cuando se aventuran fuera de su vecindario, los jóvenes de El Barrio a menudo enfrentan un ataque cultural que agrava la angustia de nacer y crecer pobres en la ciudad más rica del mundo. Esto ha producido en Nueva York lo que yo llamo la "cultura callejera de la *inner city*": una red compleja y conflictiva de creencias, símbolos, formas de interacción, valores e ideologías que ha ido tomando forma como una respuesta a la exclusión de la sociedad convencional. La cultura de la calle erige un foro alternativo donde la dignidad personal puede manifestarse de manera autónoma.

En el caso particular de los Estados Unidos, la concentración de poblaciones socialmente marginadas en enclaves deprimidos, ecológica y políticamente aislados del resto de la sociedad, ha fomentado una explosiva creatividad cultural como desafío al racismo y a la subordinación económica. Esta cultura callejera de resistencia no es un universo consciente o coherente de oposición política. Por el contrario, es un conjunto espontáneo de prácticas rebeldes que se ha forjado paulatinamente como un modo, un estilo, de oposición. Irónicamente, a través del mercado de la música, la moda, el cine y la televisión, la sociedad convencional suele absorber estos estilos antagónicos, y los recicla como "cultura popular".¹⁵ En efecto, algunas de las expresiones lingüísticas elementales con las que la clase media norteamericana se refiere a la autoestima (tales como *cool*, *square* o *hip*) se acuñaron en las calles de la *inner city*.



"Repoblación de El Barrio". El portero de este edificio abandonado colocó un grupo de peluches en las ventanas como protesta ante el deterioro de su cuadra, que se había convertido en un paraíso para el narcotráfico. Fotografía de Henry Chalfant

La búsqueda de los medios necesarios para hacer uso y abuso de narcóticos configura la base material de la cultura callejera contemporánea. Esto la hace mucho más poderosa y atractiva de lo que lo fue para generaciones anteriores. El comercio ilegal que ella supone, sin embargo, arrastra a la mayoría de sus participantes hacia una vida de violencia y adicción. Por lo tanto, y paradójicamente, la cultura callejera de resistencia interioriza la rabia y organiza la destrucción de sus participantes y de la comunidad que los acoge. En otras palabras, pese a que la cultura callejera surge de una búsqueda de dignidad y del rechazo del racismo y la opresión, a la larga se convierte en un factor activo de degradación y ruina, tanto personal como de la comunidad.



Mural conmemorativo de un joven asesinado cerca del Salón de Juegos, que aspiraba a convertirse en boxeador profesional. Foto de Óscar Vargas

Debe destacarse que la mayoría de los residentes de El Barrio se mantiene al margen de las drogas.¹⁶ El problema es que los ciudadanos que obedecen las leyes han perdido el control del espacio público. Independientemente de sus números absolutos o su porcentaje relativo, la población de Harlem que trabaja con dedicación sin consumir ni traficar drogas se ve obligada a atrincherarse y a tomar una posición defensiva. La mayoría vive con miedo o incluso con desdén hacia su vecindario. La angustia de las madres y los padres es tal, que encierran a sus hijos en sus casas en un firme intento por aislar-

los de la influencia de las calles. Viven con la esperanza de mudarse a otro lugar.

En otras palabras, los narcotraficantes que protagonizan este libro representan una pequeña minoría de los residentes de East Harlem, pero son ellos quienes han implantado el tono de la vida pública. Les imponen el terror a los vecinos, especialmente a las mujeres y los ancianos, que temen sufrir asaltos y agresiones. A la mayoría de los vecinos, el espectáculo de adictos demacrados congregados en las esquinas les inspira lástima, tristeza y rabia. Sin embargo, día tras día, los traficantes callejeros les ofrecen a los jóvenes que crecen a su alrededor un estilo de vida emocionante y atractivo, a pesar de su perfil violento y autodestructivo.

Independientemente de su marginalidad en números absolutos, no se puede desestimar a los individuos que acaparan la hegemonía en la *inner city*; debe hacerse el intento de entenderlos. Por esta razón, quise que en los años que viví en El Barrio mis mejores amigos fueran adictos, ladrones y traficantes. No hay lugar donde el calvario de los guetos estadounidenses se manifieste con mayor claridad que en el mundo de las drogas. Tomo prestado el cliché: "En lo extraordinario puede verse lo ordinario". Los adictos y traficantes de este libro representan respuestas extremas y quizá algo caricaturescas a la pobreza y la segregación. No obstante, nos ayudan a entender los procesos que experimentan poblaciones vulnerables que enfrentan cambios acelerados en la estructura de su sociedad en un contexto de opresión política e ideológica. No hay nada excepcional en la experiencia puertorriqueña en Nueva York, salvo que los costos humanos de la inmigración son mucho más evidentes por la rapidez y amplitud con que Estados Unidos colonizó y desarticuló la economía y la organización política de Puerto Rico. El único aspecto de su experiencia que merece calificarse como extraordinario es la manera en que los inmigrantes de la segunda y tercera generación continúan reinventando y expandiendo las formas culturales de la isla en torno a los temas de la dignidad y la autonomía. Tanto es así que un grupo de intelectuales puertorriqueños suele referirse a la "mentalidad de oposición" de Puerto Rico, forjada frente al hecho de una larga experiencia colonial.¹⁷

LOS ESTEREOTIPOS Y LA METODOLOGÍA ETNOGRÁFICA

Cualquier examen detallado de la marginación social enfrenta serias dificultades con respecto a la política de la representación, especialmente en los Estados Unidos, donde los debates sobre la pobreza tienden a polarizarse de inmediato en torno a ideas preconcebidas sobre la raza y los méritos individuales.

Por lo tanto, me preocupa que los análisis de historias personales presentados en este libro se malinterpreten como un intento de estereotipar a los puertorriqueños o como un retrato hostil de los pobres. He librado una lucha interna sobre estos asuntos por muchos años, pues concuerdo con los científicos sociales críticos del tono paternalista con que los tratados académicos y la literatura periodística estadounidenses acostumbran tratar el tema de la pobreza.¹⁸ Sin embargo, el combate contra los prejuicios moralistas y la hostilidad de la clase media hacia los pobres no debe acometerse al costo de “desinfectar” las calles de la *inner city* y presentarlas como si la destrucción y el sufrimiento no existiesen. Me niego a omitir o minimizar la miseria social de la que he sido testigo por temor a que una imagen desfavorable de los pobres se perciba como injusta o “políticamente incómoda”, pues eso me haría cómplice de la opresión.¹⁹

Es por lo tanto lógico que este libro encare las contradicciones inherentes a la representación de la marginación social en los Estados Unidos mediante la exposición de los acontecimientos brutales sin censura, tal como los experimenté o como me los relataron quienes participaron en ellos. En ese proceso, he hecho el esfuerzo de construir una concepción crítica de la *inner city* estadounidense. Por ello, la forma en que organizo mis temas centrales y presento las vidas y conversaciones de los traficantes de *crack* tiene como fin subrayar la relación entre las restricciones estructurales y las acciones individuales. Utilizo el marco analítico de la teoría de la producción cultural y me apoyo en el feminismo con el propósito de avanzar hacia una comprensión de la experiencia de la pobreza y la marginación social desde la perspectiva de la economía política. Tal comprensión sería inconcebible sin reconocer el papel activo de la cultura y la autonomía de los individuos, así como el rol fundamental de las relaciones entre los sexos y la esfera doméstica.

Como ya he señalado, las técnicas tradicionalmente cuantitativas de la investigación social, que dependen de las estadísticas de la Oficina Censal por un lado y de las encuestas de muestreo en los vecindarios por el otro, son incapaces de aportar información confiable sobre las personas que sobreviven en la economía informal, y mucho menos sobre las que venden o consumen drogas. Una persona social, cultural y económicamente subordinada suele mantener relaciones negativas con la sociedad dominante y desconfiar de los representantes de dicha sociedad. Los adictos y traficantes jamás le admitirían al encargado de una encuesta, por más amable o sensible que parezca, los detalles íntimos acerca de su consumo de drogas, por no mencionar sus actividades delictivas. Como resultado, es común que los sociólogos y criminólogos que con tanto esmero efectúan encuestas epidemiológicas sobre el delito y el consumo de narcóticos recopilen un sinnúmero de falsedades. No hace falta ser adicto o traficante para querer esconder los detalles de las actividades ilícitas

propias. Los ciudadanos “honestos” también participan en la economía informal cuando falsean los datos en los formularios fiscales con el fin de pagar menos impuestos. En fin, ¿cómo esperar que una persona experta en asaltar archivos suministre información precisa sobre sus estrategias de generación de ingresos?

Las técnicas etnográficas de observación participante, desarrolladas sobre todo por la antropología social desde los años veinte, han demostrado ser más adecuadas que las metodologías cuantitativas para documentar la vida de los individuos marginados por una sociedad hostil. Solamente tras establecer lazos de confianza, proceso que requiere mucho tiempo, es posible hacer preguntas incisivas con respecto a temas personales y esperar respuestas serias y reflexivas. Por lo general, los etnógrafos viven en las comunidades que estudian y cultivan vínculos estrechos de larga duración con las personas que describen. Para reunir “datos precisos”, los etnógrafos violan los cánones de la investigación positivista. Nos involucramos de manera íntima con las personas que estudiamos.

Con esta meta en mente, amanecí en la calle y en las casas de *crack* en cientos de oportunidades, para poder observar a los adictos y a los traficantes que protagonizan este libro. Por lo general, utilicé un grabador para documentar sus conversaciones e historias personales. Visité a sus familias para participar en sus fiestas y reuniones íntimas, desde la cena de Acción de Gracias hasta el Año Nuevo. Pude entrevistarme, y en muchos casos entablé amistad, con las esposas, amantes, hermanos, madres, abuelas y, cuando fue posible, con los padres y padrastros de los vendedores de *crack* que aparecen en estas páginas. También dediqué tiempo a entrevistar a los políticos locales y a asistir a las reuniones de las instituciones comunales.

La explosión de la teoría posmodernista dentro de la antropología en los años ochenta y noventa puso en entredicho el mito de la autoridad etnográfica y denunció la jerarquía inherente a la política de la representación antropológica. La autorreflexión, reivindicada por los posmodernistas, resultó ser necesaria y útil en mi caso: yo venía de afuera, procedente de las categorías dominantes de clase, etnia y sexo, a intentar estudiar la experiencia de los puertorriqueños pobres en la *inner city*. Quiero reiterar que mi preocupación por estos problemas se manifiesta en la forma en que he editado y contextualizado las conversaciones transcritas. Tal preocupación ha quedado reflejada en la estructura misma del libro.

Mientras editaba miles de páginas de transcripciones, llegué a valorar el cliché deconstruccionista de “la cultura como texto”. También reconocí que mi estrategia de investigación era de naturaleza colaborativa y, por lo tanto, también contradictoria. Aunque la calidad literaria y la fuerza emocional de este libro dependan completamente de las palabras claras y fluidas de los persona-

jes principales, siempre tuve la última palabra con respecto a cómo iban a transmitirse, y si iban a transmitirse, en el producto final.²⁰

Como he sacado a relucir el fantasma de las críticas teóricas postestructuralistas, quiero expresar mi desazón ante las tendencias profundamente elitistas de muchos adeptos del posmodernismo. La "política" de la deconstrucción suele limitarse a una retórica hermética y cerrada sobre la "poética" de la interacción social, con clichés dirigidos a explorar las relaciones entre el yo y el otro. Los etnógrafos posmodernistas se consideran subversivos, pero su oposición a la autoridad se concentra en críticas hiperletradas de las formas por medio de un vocabulario evocativo, una sintaxis extravagante o juegos polifónicos, en vez de ocuparse de las luchas cotidianas concretas. Sus debates entusiasman sobre todo a los intelectuales alienados suburbanizados, en efecto desconectados de las crisis sociales de los desempleados de la *inner city*. La autorreflexión de estos intelectuales con frecuencia degenera en celebraciones narcisistas de su privilegio. Asimismo, el deconstruccionismo radical hace imposible categorizar o priorizar las experiencias de injusticia y opresión, lo que sutilmente niega la experiencia auténtica de sufrimiento que les es impuesta, social y estructuralmente, a tantos individuos a través de las categorías de raza, clase, género y sexualidad y otras, en las que se pone en juego el poder.

Más allá de las luchas teóricas internas de los académicos, las técnicas de observación participante de la antropología social, si bien ofrecen un discernimiento inigualable a nivel metodológico, también están plagadas de tensiones analíticas fundamentales. Históricamente, los etnógrafos han evitado abordar temas tabúes como la violencia personal, el abuso sexual, la adicción, la alienación y la autodestrucción.²¹ Parte del problema surge a raíz de uno de los paradigmas de la antropología funcionalista, que impone orden y comunidad en sus proyectos de estudio. Por otro lado, la observación participante requiere de la injerencia personal de los etnógrafos en las circunstancias investigadas, lo que a menudo los incita a omitir las dinámicas negativas porque deben establecer lazos de empatía con las personas que estudian y necesitan su autorización para vivir con ellas. Esto puede conducir a diversas formas de autocensura que acaban afectando las cuestiones y los entornos examinados. Por un lado, es más fácil obtener el consentimiento de las personas si se investigan exclusivamente temas inofensivos o pintorescos. Por el otro, los ambientes extremos llenos de tragedia humana, como lo son las calles de El Barrio, pueden resultar física y psicológicamente abrumadores.

La obsesión de la antropología por "el otro exótico" ha disminuido el interés de los etnógrafos por estudiar sus propias sociedades y los expone al riesgo de exotizar sus hallazgos cuando el proyecto de estudio está cerca de casa. Tuve que vigilar que mi propia investigación no se convirtiera en una celebración *voyeurista* de los traficantes y de la cultura callejera en la *inner city*. La no-

table escasez de estudios etnográficos sobre la pobreza urbana, especialmente en los años setenta y ochenta, tiene mucho que ver con el temor de sucumbir a la pornografía de la violencia, que acaso sólo sirva para reforzar los estereotipos racistas existentes. La mayoría de los etnógrafos producen análisis comprensivos desprovistos de toda mirada crítica hacia los grupos y culturas que estudian. De hecho, tal suposición está entronizada en el credo antropológico del relativismo cultural: las culturas nunca son buenas o malas; sencillamente, poseen una lógica interna. Pero la realidad es que el sufrimiento es espantoso, disuelve la integridad humana, y los etnógrafos suelen impedir que sus sujetos de estudio luzcan repulsivos o desagradables. El impulso de "desinfectar" a los vulnerables ejerce un poder singular en los Estados Unidos, donde las teorías de acción individual que "culpan a la víctima" y presuponen la supervivencia del más apto constituyen el "sentido común". Como resultado, casi puede garantizarse que el público en general desfigurará las representaciones etnográficas de la marginación con una lente implacable y conservadora. La obsesión de los estadounidenses con el determinismo racial y con el concepto de mérito personal ha terminado por traumatizar a los intelectuales, menoscabando su capacidad para discutir temas como la pobreza, la discriminación étnica y la inmigración.

Por otra parte, la manera popular en que se concibe la relación entre el fracaso individual y las ataduras sociales estructurales tiene muy pocos matices en los Estados Unidos. Los intelectuales han abandonado la lucha y se han lanzado a efectuar retratos puramente positivos de las poblaciones desfavorecidas. Quienes han sido pobres o han vivido en vecindarios de bajos recursos reconocen que estas representaciones son completamente falsas.²² Este problema se manifiesta en numerosos escenarios académicos donde presento los temas de este libro. Muchos colegas progresistas o nacionalistas culturales, que suelen proceder de la clase media, parecen incapaces de escuchar mis planteamientos. Algunos reaccionan indignados al ver imágenes superficiales fuera de contexto. Parecen estar tan aterrados ante la posibilidad de proyectar "connotaciones negativas" que se sienten obligados a descartar todo mensaje amargo antes de escucharlo. Lo irónico es que muchas de sus críticas en estos foros expresan los puntos básicos de lo que intento exponer en estas páginas sobre la experiencia individual de la opresión social estructural.

UNA CRÍTICA DE LA CULTURA DE LA POBREZA

El Barrio y la experiencia de los puertorriqueños en los Estados Unidos han suscitado una vasta producción bibliográfica. A los puertorriqueños se los ha

llamado "el grupo más indagado pero peor comprendido de los Estados Unidos".²³ El último estudio etnográfico realizado en El Barrio que recibió atención nacional fue *La vida: una familia puertorriqueña en la cultura de la pobreza*, del antropólogo Oscar Lewis.* Elaborado a mediados de los años sesenta, este estudio ilustra claramente los problemas de la metodología etnográfica y, más específicamente, los riesgos del análisis de las historias personales. De hecho, junto con el informe de 1965 sobre las familias afronorteamericanas, realizado por Daniel Patrick Moynihan, *La vida...* suele mencionarse como uno de los libros responsables de ahuyentar a toda una generación de científicos sociales de la *inner city* estadounidense.²⁴ Lewis reunió miles de páginas de relatos personales de una familia puertorriqueña en la que la mayor parte de las mujeres ejercían la prostitución. La teoría de la "cultura de la pobreza" que desarrolló a partir de estas historias, además de otros datos etnográficos recopilados en México, hace hincapié en lo que el antropólogo llama la transmisión patológica de valores y de comportamientos destructivos dentro de las familias. Enraizado como estaba en el paradigma de cultura y personalidad de Freud predominante en la antropología estadounidense de los años cincuenta, su análisis pasa por alto el modo en que la historia, la cultura y las estructuras económico-políticas como las del colonialismo restringen la vida de los individuos. Cuarenta años más tarde, es fácil criticarle a Lewis su marco teórico simplista. Sus interpretaciones del carácter y las experiencias de los pobrísimo inmigrantes puertorriqueños adhieren al determinismo psicológico y caen en el individualismo extremo, lo que omite la explotación de clases, la discriminación étnica y desde luego la opresión machista, así como las sutilezas de los significados culturales en su debido contexto. En todo caso, pese a la falta de rigor académico, el libro de Lewis sobre la vida cotidiana en El Barrio y en los arrabales de Puerto Rico sintonizó con la propagada noción de "responsabilidad personal", herencia de la ética protestante del trabajo, y significó un éxito editorial en los Estados Unidos. La intención crítica del autor y su empatía hacia los grupos marginados no impidieron que su obra se interpretara como una de las cristalizaciones del desdén profundo que la ideología estadounidense siente hacia los "pobres sin dignidad".

No es casualidad que un antropólogo acuñara el concepto de la cultura de la pobreza a la vez que orientaba la colección de datos etnográficos hacia el comportamiento individual. Si bien los métodos de observación participante le otorgan a la disciplina un acceso privilegiado a las acciones de los indivi-

* Véase la traducción al español realizada por el escritor puertorriqueño José Luis González (México, Joaquín Mortiz, 1969).

duos, es imposible tocar las estructuras del poder y la historia, o hablarles directamente. En el contexto neoyorquino de los puertorriqueños, los actos autodestructivos de las personas que buscan la supervivencia en las calles deben situarse en una larga historia de hostilidad interétnica y de dislocaciones sociales. En mis años en East Harlem, sumido como estaba en lo que parecía un torbellino de sufrimiento, era difícil percibir las relaciones de poder que configuraban el enjambre de interacciones humanas que sucedían a mi alrededor. Inmerso en el calor de la vida en El Barrio, sentía una confusa ira hacia las víctimas, los victimarios y la rica sociedad industrializada que logra engendrar tal nivel de sufrimiento. Una noche me encontré con una amiga embarazada que fumaba *crack* desesperadamente, y así destinaba a su bebé a una vida de trastornos personales y un cerebro inerte. ¿Qué sentido tenía invocar la historia de opresión y humillación colonial de su gente o reconocer su posición en la metamorfosis económica de Nueva York? Enfrascado en el infierno del grupo que los estadounidenses llaman su "clase inferior",* yo, al igual que mis vecinos e incluso las mujeres embarazadas adictas al *crack*, con frecuencia culpé a la víctima.

El análisis económico-político no es una panacea que pueda compensar las interpretaciones individualistas, acusatorias y racistas de la marginación social. Acentuar las estructuras sociales puede opacar el hecho de que las personas no son víctimas pasivas, sino sujetos activos de su propia historia. De hecho, la cualidad principal de la metodología etnográfica es que permite el surgimiento de los "peones" de las fuerzas estructurales; los enfoca para que se reconozcan como seres humanos que construyen su propio destino. Sin embargo, en numerosas ocasiones me sorprendí a mí mismo recurriendo al estructuralismo más rígido como un método para apartar la vista de las personas que se autodestruían en su lucha por sobrevivir. Cabe reiterar que este problema puede entenderse en el contexto del debate teórico acerca del rango de acción de las personas *versus* la estructura social,** es decir, la relación entre la responsabilidad individual y las restricciones sociales estructurales. Las observaciones incisivas de las teorías de la producción cultural y la reproducción social, sobre todo la idea de que la resistencia de la cultura callejera frente a la subordinación social es la clave contradictoria que explica su ímpetu destructivo, resultan útiles para evitar las interpretaciones simplistas. Por medio de las prácticas culturales antagónicas, los individuos le dan forma a la opresión que las fuerzas más grandes les imponen.²⁵

* *Underclass* en inglés. [N. del T.]

** *Structure versus agency* en inglés. [N. del T.]

La dificultad de vincular las acciones individuales y la economía política, sumada a la timidez personal y política de los etnógrafos estadounidenses a partir de los años setenta, ha nublado nuestra comprensión de los mecanismos y experiencias de la opresión. Se me hace imposible resolver el debate que contrapone el rango de acción de los individuos a la estructura social. Tampoco puedo superar mi desconfianza de que algunos lectores hostiles vayan a malinterpretar mi etnografía como un método más de "calumniar a los pobres". Sin embargo, desde una perspectiva personal y ética, así como analítica y teórica, siento la obligación de exponer sin censura los horrores que presencié entre las personas con quienes trabé amistad.²⁶ Se debe hablar abiertamente y enfrentar el profundo dolor provocado por la pobreza y el racismo en los Estados Unidos, aunque hacerlo nos perturbe o incomode. He documentado una gama de estrategias ideadas por los pobres urbanos para eludir las estructuras de segregación y marginación que los encierran, incluso aquellas que los llevan a infligirse sufrimiento a sí mismos. Escribo este libro con la esperanza de que "la antropología pueda ser un foco de resistencia" y con la convicción de que los científicos sociales pueden y deben "enfrentarse al poder".²⁷ Al mismo tiempo, aún me preocupa la repercusión política de mostrar los detalles minuciosos de la vida de los pobres y los desfavorecidos, pues bajo el microscopio etnográfico todos tenemos verrugas y podemos parecer monstruos. Además, como señaló la antropóloga Laura Nader a principios de los años setenta, "es peligroso estudiar a los pobres, porque todo lo que se diga sobre ellos se usará en su contra".²⁸ No estoy seguro de que sea posible presentar la historia de mis tres años y medio como residente de El Barrio sin caer presa de una pornografía de la violencia o convertirme en un *voyeur* racista: en última instancia, el problema y la responsabilidad también están del lado del observador.

1. Etnia y clase: el *apartheid* estadounidense

*Felipe, nos encanta oírte hablar.
Suenas igualito a un comercial de la tele.
Una niña de ocho años*

Mi trabajo de campo en las calles de El Barrio casi acaba desastrosamente a mitad de camino cuando, involuntariamente, le "falté el respeto" a Ray, el dueño de las casas de *crack* donde pasé gran parte de mi tiempo entre 1985 y 1990. Era poco después de la medianoche y Ray visitaba su punto de venta más lucrativo para asegurarse de que el gerente del turno de la madrugada hubiera abierto el local puntualmente. A esa hora el negocio alcanzaba su auge y este exitoso empresario del *crack*, un voluminoso puertorriqueño de treinta y dos años, se encontraba rodeado de un séquito de empleados, amigos y personas que deseaban conocerlo: todos querían llamar su atención. Estábamos en la esquina de la calle 110 frente a la entrada del subterráneo de la Avenida Lexington, delante del edificio tipo *tenement* de cuatro pisos que ocupaban sus traficantes. Ray había camuflado el primer piso del edificio como un club social y un salón de billar nocturnos. Él y sus empleados se habían criado en el edificio antes de que el dueño italiano lo quemara para cobrar el seguro. Desde hacía mucho tiempo, esta esquina era conocida como La Farmacia por la cantidad insólita de sustancias psicoactivas que se conseguían allí, desde las drogas más comunes, como heroína, Valium, cocaína en polvo y *crack*, hasta las más sofisticadas y poco convencionales, como la mescalina y el polvo de ángel.¹

LA MALICIA DE LAS CALLES

En retrospectiva, me avergüenza que mi falta de astucia callejera me haya llevado a humillar, aunque fuera de manera accidental, al hombre responsable de asegurar no sólo mi acceso al mundo del *crack*, sino también mi bienestar físico. Pese a mis dos años y medio de experiencia en las casas de *crack* en ese entonces, quizá estuvo justificado que me dejara seducir por la atmósfera amistosa de una noche. Ray reía y conversaba recostado sobre el paragolpes de su Mercedes dorado. Sus empleados y seguidores también estaban alegres, pues "el jefe" acababa de invitarnos a una ronda de cervezas y había prometido